

CARTA DE MUJERES



MODERNOS detractores de los tiempos modernos dicen que hoy el amor no es lo que era. De tal modo se ha transformado, al decir de ellos, que hasta a cambiar de alojamiento ha llegado. Ya no reside en el corazón, sino en el cerebro; ya no nace a impulsos de aquél, sino por obra de los cálculos de éste.

Quizás, según pretenden, sólo en la poesía sea ya el amor una llama abrasadora; acaso el matar y morir por amor vaya siendo patrimonio exclusivo del teatro; puede ser también que los casamientos entre pastores y príncipes hayan quedado relegados a los cuentos; pero verdad es que sólo en España se mata por celos, y que únicamente en Norteamérica se casan los millonarios con mecanógrafas.

Pero si el amor no es ya ciego, por lo menos es todavía bastante corto de vista.

No hay, por tanto, motivo para sembrar la alarma en el mundo ni la duda en la conciencia de la joven que se dispone a contraer matrimonio, la cual, llena de escrúpulos, llega a preguntarse a sí misma. «¿Estaré verdaderamente enamorada?» Y para cerciorarse de si en efecto lo está, recurre a procedimientos heroicos, como el de imaginarse al amado víctima de una repugnante enfermedad, u horriblemente desfigurado por un accidente, o culpable de un espantoso crimen, para hacerse, tras semejante terrible visión, la pregunta: «¿Y seguiría, con todo, queriéndolo igual?» No; no sería necesaria aquí una respuesta afirmativa para confirmar su enamoramiento, como no es indispensable para estar segura de ello el que una breve ausencia del amado se convierta en una eternidad llena de suplicios, ni el sentir los latidos del propio corazón cuando se oyen los pasos de él que se acerca, es digno de verdadero amor.

El amor es algo más serio, más profundo y menos egoísta.

El amor no se cifra en sentir una misma, sino en sentir por otro.

Si queréis saber si estáis enamorada, haced el siguiente examen de conciencia, de gran utilidad:

¿Prefiero la compañía de él y una charla sosegada con él a toda otra diversión en el mundo?

¿Deseo verle contento y contribuyo siempre a que lo esté?

¿Me intereso por sus asuntos más que por los que a mí me afectan?

¿Estaría dispuesta a sacrificar mi propia felicidad en bien de la suya?

Si podéis contestar afirmativamente a estas preguntas, es que estáis enamoradas, buena o mala señal, según los casos.

Una dama francesa, animada de las mejores intenciones, ha pretendido crear una nueva Liga: la Liga «de la bondad». Los estatutos de esta Liga eran muy sencillos. Para formar parte de ella bastaba con que las aspirantes se comprometieran a realizar un acto de bondad, por lo menos, al día.

Pero he aquí que a Madame Simón, que es como se llama la fundadora de la nueva Liga, le han salido numerosos adversarios, que quieren entorpecer sus buenos propósitos. Estos son los que juzgan la vida actual, si no como Lloyd George, cual una partida de billar a bordo de un navío durante una tempestad, si como un *match* de fútbol, en que hay que abrirse paso a golpes y llegar a fuerza de patadas a la meta.

Mientras existan seres que así juzguen la vida, pocos adeptos va a tener la Liga de Madame Simón. Los entrenados en el suave deporte de la bondad, pocas probabilidades iban a tener de avanzar en ese campo de fútbol que es la vida de hoy.

Porque es en efecto, y hasta parece un sarcasmo intentar crear en este siglo una Liga de la bondad, antídoto de las libertades individuales modernas.

Aficionados: enviad vuestras fotografías de asuntos regionales a esta Revista, que los publicará con agrado. Queremos coleccionar en estas páginas todas las manifestaciones artísticas del solar conquense. Contribuir a su divulgación, es una labor de suyo regionalismo.

POETAS

Rimas

Fatigada del baile,
Encendido el color, breve el aliento,
Apoyada en mi brazo,
Del salón se detuvo en un extremo.

Entre la leve gasa
Que levantaba el palpitante seno,
Una flor se mecía
En compasado y dulce movimiento

Como en cuna de nácar
Que empuja el mar y que acaricia el céfiro,
Tal vez allí dormía
Al soplo de sus labios entreabiertos.

—¡Oh! ¿Quién así —pensaba—
Dejar pudiera deslizarse el tiempo?
¡Oh, si las flores duermen,
Qué dulcísimo sueño!

Cuando sobre el pecho inclinas
La melancólica frente,
Una azucena tronchada
Me parecés.

Porque al darte la pureza,
De que es símbolo celeste,
Como a ella te hizo Dios
De oro y nieve.

Sabe, si alguna vez tus labios rojos
Quema invisible atmósfera abrasada,
Que el alma que hablar puede con los ojos,
También puede besar con la mirada.

—¿Qué es poesía?—dices mientras clavas
En mi pupila tu pupila azul—;
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía .. eres tú.

¿Cómo vive esa rosa que has prendido
Junto a tu corazón?
Nunca hasta ahora contemplé en la tierra
Sobre el volcán la flor.

Por una mirada, un mundo;
Por una sonrisa, un cielo;
Por un beso... ¡yo no sé
Qué te diera por un beso!

Dos rojas lenguas de fuego
Que a un mismo tronco enlazadas,

Se aproximan, y al besarse
Forman una sola llama;

Dos notas que del latid
A un tiempo la mano arranca,
Y en el espacio se encuentran
Y armoniosas se abrazan;

Dos olas que vienen juntas
A morir sobre una playa,
Y que al romper se coronan
Con un penacho de plata;

Dos jirones de vapor
Que del lago se levantan,
Y al juntarse allí en el cielo
Forman una nube blanca;

Dos ideas que al par brotan,
Dos besos que a un tiempo estallan,
Dos ecos que se confunden...
Eso son nuestras dos almas.

Cuando en la noche te envuelven
Las alas de tul del sueño,
Y tus tendidas pestañas
Semejan arcos de ébano;
Por escuchar los latidos
De tu corazón inquieto,
Y reclinar tu dormida
cabeza sobre mi pecho,
Diera, alma mía,
Cuanto poseo:
¡La luz, el aire
Y el pensamiento!

Cuando se clavan tus ojos
En un invisible objeto,
Y tus labios ilumina
De una sonrisa el reflejo;
Por leer sobre tu frente
El callado pensamiento
Que pasa como la nube
Del mar sobre el ancho espejo,
Diera, alma mía,
Cuanto deseo:
¡La fama, el oro,
La gloria, el genio!

Cuando enmudece tu lengua
Y se apresura tu aliento,
Y tus mejillas se encienden,
Y entornas tus ojos negros;
Por ver entre sus pestañas
Brillar con húmedo fuego
La ardiente chispa que brota
Del volcán de los deseos,
Diera, alma mía,
Por cuanto espero,
¡La fe, el espíritu,
La tierra, el cielo!

Gustavo A. BÉCQUER.